

DOMINGO

*22 de octubre de 2023*

## LA CAVERNA DE GAS

*9:55 a.m.*

No había un solo rayo de sol que calentara su blanquizca piel. La fría y mortecina luz de los tubos de neón era su asidua compañera día y noche. Alexia despertó sobresaltada. Un insistente y agudo pitido la extrajo de sus sueños, en esa mañana. Ese sillón había hecho, como en otras tantas ocasiones, las veces de lecho. Aún obnubilada, alargó su mano para apagar, de un manotazo en el teclado, el insistente sonido que retumbaba en sus sienas. Al parecer, el humo del cáñamo inhalado le estaba presagiando un nefasto domingo. Apretó sus sienas con ambas manos y sintió alivio. Por un momento, al contemplar su cuerpo, se sintió confundida. Un festín, del que no lograba acordarse, debió ocurrir en la más completa intimidad. Su ropa andaba esparcida por el suelo y sus dedos estaban manchados de sangre reseca. Su vientre le recordaba de nuevo, que era una mujer.

La ducha de agua fría la espabiló y limpió su cuerpo de impurezas. Esa fina lluvia le hizo volver a la cordura y a ese bunker de acero y hormigón. Por unos instantes, había creído, entre el desperezo, haber cabalgado sobre un corcel rubio más allá de las lindes de la atmósfera. Su sexo aún retenía los resquicios de esa pasión.

Jacob no dudó en dotar ese fortificado sótano, de una cocina de considerables dimensiones. Pensaba que el agua y los alimentos serían los bienes más preciados y, de hecho, invirtió gran parte de su fortuna en acondicionar esa parte del subterráneo, a modo. Una gran cámara frigorífica y otra adosada a ella a modo de despensa, contribuirían al sustento vital por un tiempo. El aprovisionamiento de agua también estaba minuciosamente estudiado y materializado en un enorme depósito situado en la azotea. Un sistema de energía autónomo daría apoyo a toda la construcción, cuando ocurriera el gran apagón.

Alexia mantenía al día toda la infraestructura. Él, su difunto y visionario padre, hizo bastante hincapié en ello. De nada servía plantar un árbol, si no se regaba después.

Su rubio y erizado cabello aún estaba mojado y sus manos comenzaban a calentarse empuñando la taza de café. Allí, en mitad de esa sala gris amurallada y, envuelta en una mullida bata desgastada, la joven trataba de recordar la conversación mantenida con Derek. Por unos momentos, se compungió. Ese buen amigo no se merecía que lo trataran con esa arrogancia. Otra vez más, Alexia recriminaba su forma de ser, su desmesurado orgullo y prepotencia. Era incapaz de controlar esa petulancia; la misma que al día siguiente le hacía sentirse mal, y hasta llorar. Pero sus ojos se avivaron. Era domingo y Derek aparecería a la hora del almuerzo. Una costumbre veterana, en la que el rubio regordete hacía alarde de sus artes culinarias. En realidad y, atendiendo a la poca dedicación que ella tenía hacia la cocina, se podría decir que Derek era un auténtico chef.

Con el café en la mano, se dirigió a su centro de mando y control. Activó el sistema y, los seis monitores que la rodeaban, volvieron a iluminar su rostro. Uno de ellos mostraba en múltiples panorámicas todos los alrededores de la mansión. Jardines invadidos por la maleza y la roída escultura en piedra que su antecesor erigiera en honor a Minerva, diosa de la sabiduría, la defensa y la guerra estratégica. El color verde mohoso de la alberca despedía destellos ante los primeros rayos de sol y ante esas cámaras que rodeaban todo el perímetro del viejo y descuidado palacete. Todo continuaba igual, tal y como decidió dejarlo tras la muerte de Jacob. La vieja y oxidada cancela continuaba incólume, separando ese verde oasis perdido en el tiempo, del ajetreo cotidiano de Darmstadt.

Alexia recorrió con la vista esos monitores que la conectaban con el exterior y con su trabajo. Gráficas, diagramas y listados de código desfilaban ante sus ojos, pero ella se vio atraída por otras imágenes. Quizás fuera la noticia que llevaba años temiendo, esa que encendiera la mecha del último y definitivo fuego de artificio a nivel global.

La CNN volvía a hacer hincapié en la grave crisis en el Mar de China. En esta ocasión, las imágenes hablaban por sí mismas. La silueta difuminada entre la humareda, de un buque siniestrado, copaba toda la pantalla. Un enjambre de helicópteros de la fuerza aérea estadounidense revoloteaba sobre él, en misiones de salvamento. Las imágenes se desvanecieron y el carismático rostro de Donald Clark apareció en pantalla.

Ese carismático setentón, había logrado asentar de nuevo al partido republicano en la presidencia de EEUU. Muy crítico con el avance de China en la economía mundial, logró acuñar un prometedor y espectacular banquillo desde las primarias. Donald Clark era la respuesta republicana a su predecesor, Barak Obama. Era realmente adorado por la facción conservadora del país. Allí, en el estrado, arropado por la bandera de barras y estrellas y con el óvalo de la Casa Blanca a sus espaldas, el arrogante presidente comparecía en una rueda de prensa improvisada, ante los medios de comunicación.

—Ciudadanos de Estados Unidos. La libertad ha sido atacada. Este nuevo Pearl Harbor no quedará impune. Aquellos que han derramado sangre norteamericana serán perseguidos y castigados. Confío en que el gobierno de Beijing se atenga a las consecuencias y colabore en la destitución y detención de los culpables. De no ser así, no dudaremos en responder de la forma más contundente, a este execrable atentado contra la nación. Desde el ejecutivo, somos conscientes de la difícil situación geopolítica en la zona y siempre hemos optado por una resolución pacífica del conflicto. Deseo comunicar al país, que las próximas horas serán de vital importancia para el desarrollo de futuros acontecimientos y que no dejaremos en apostar por la paz. Del mismo modo y, si no se lograra paliar este agravio, no dudaremos lo más mínimo en responder a esta cobarde y depravada confrontación. Pido a todos los ciudadanos estadounidenses, que mantengan la calma en estos difíciles momentos de incertidumbre. El gobierno está desplegando efectivos navales para adentrarse en la zona del conflicto y ofrecer protección al buque siniestrado. Por el momento,

no puedo ofrecerles más información. Si tienen alguna pregunta, estaré encantado en contestarla.

—Thomas Moore, del Washington Post. Señor presidente, se ha dicho que el gobierno tenía conocimiento de un posible atentado contra efectivos militares estadounidenses en aguas del Mar de China. Paradójicamente, usted ha nombrado en su intervención al desafortunado ataque de Pearl Harbor. ¿Hay algo de cierto en ello? Y por otra parte, ¿cree que hay alguna similitud entre ambos atentados?

—Le aseguro señor Moore, que el gobierno, no solo carecía de esa información, sino que además ve impropia esa conjetura a la que hace alusión. Como bien sabe usted y el pueblo estadounidense, las relaciones con China no gozaban de su mejor momento. Esa política avasalladora del país asiático en los últimos diez años podría hacer pensar que este lamentable incidente se produjera, pero desde el ejecutivo siempre hemos creído y, por encima de todo, en la sensatez y la cordura por parte del ejecutivo chino. En respuesta a su segunda pregunta y, creo que lo he expresado con bastante claridad a lo largo de mi intervención, seremos contundentes.

—¿Se refiere a entrar en un conflicto bélico contra el gigante asiático?

—Señor Moore, esa confrontación bélica a la que se refiere, ya se ha iniciado —le respondió con una hiriente mirada. — ¿Alguna pregunta más?

—Christie Coleman, New York Times. Señor presidente, se ha hablado de un centenar de víctimas y de unas pérdidas materiales cercanas a los dos mil millones

de dólares. ¿Ha quedado inoperativo el portaaviones USS Gerald Ford? ¿Se ha comenzado a repatriar a los cadáveres? Y por último, ¿cuándo podremos conocer ya esa fatídica lista?

—Según los últimos datos, el número de bajas se sitúa en torno a las setecientas cuarenta y ocho, con una cifra de heridos de trescientos ochenta. Estoy convencido que a lo largo del día de hoy podremos disponer de ese listado. En cuanto a su segunda pregunta, creo que será más acertado que le responda la vicepresidenta Ayott. ¿Alguna pregunta más?

—Señor presidente, podría informarnos...

—Disculpe, no he oído su nombre.

—Lo siento, me llamo Brian Harper y represento al Daily News. Señor presidente, corren rumores acerca de unas extrañas luces que cruzaron el cielo antes de que se produjera el ataque. ¿Podría informarnos sobre la naturaleza de esas estelas de luz? ¿Guardan alguna relación con la ofensiva china?

El silencio se hizo sepulcral. Todos los asistentes dirigieron sus miradas hacia el joven de aspecto desaliñado y vestimenta informal. Donald Clark se quedó por unos instantes silente y, como si un torpedo hubiera impactado en su línea de flotación, sufrió un ligero amago de desvanecimiento.

—Le aseguro, señor Harper, que no sé a qué se refiere —le contestó de forma improvisada, sin dejar de mirarlo y esgrimiendo su más falsa sonrisa. —Desconozco por completo esos rumores a los que hace alusión.

—Sin embargo, señor presidente, el oficial al mando del USS Gerald Ford, envió varios mensajes alertando de esos avistamientos, momentos antes de que se produjera el ataque. ¿Luces de origen desconocido? —apostilló sonriendo de forma socarrona. — ¿O quizás aviones Awacs sobrevolando la zona? ¿Disponía el ejecutivo, de algún dato que hiciera sospechar el ataque?

— ¿Acaso tiene usted conexión con el mando de la flota? —dijo sonriendo y tratando de quitar aspereza al tema.

—Por supuesto que no, señor presidente. Usted sabe que hay organizaciones que interceptan ese tipo de comunicaciones.

—Lo cual constituye un delito contra la seguridad de la nación. Señor Harper, desconozco su prestigio a nivel profesional, pero no cabe duda de que sus intentos por desvelarnos su ambición detectivesca rayan en la paranoia.

—Solo soy un simple columnista, señor presidente. Apuesto por difundir la verdad. Solo eso.

La vicepresidenta Kelly Ayott salió al paso. Esa mujer ya entrada en la cuarentena, de mirada fría y penetrante era, quizás, el bastión del gobierno que más información poseía sobre el altercado. Antigua senadora por el estado de New Hampshire, debía su escalada hasta la vicepresidencia, por el hecho de formar parte del comité de las Fuerzas Armadas de la nación. Ella era el brazo fuerte del ejecutivo. Más de uno pensaba que esa mujer de pelo castaño y pequeños ojos, era realmente la que gobernaba. Nadie como ella, para saber con exactitud el alcance



de la confrontación y todos los entresijos que habían tenido lugar.

—Con el debido respeto, señor presidente —dijo ella con amabilidad y acercándose al estrado. —No cabe duda, de que en momentos como este, de crispación y enojo, surgen teorías que tratan de poner de manifiesto la ineptitud del gobierno de la nación. Señor Harper, no hubo reconocimiento previo aéreo antes del ataque. Precisamente, ese hecho, nos hace pensar que este infortunado incidente sea producto de un grupo radical en el seno del gobierno de Beijing. En cierto modo confiamos que así sea.

El joven y desaliñado corresponsal le sonrió y levantó de nuevo la mano en señal de réplica.

—Señora vicepresidenta, considero posible que se trate de una casualidad. ¿Es también una casualidad, que la Estación Espacial Internacional sufriera un intento de sabotaje informático?

—Señor Harper, ¿es usted de los que opinan que vendiendo historias extravagantes y sin sentido están ofreciendo la verdad al ciudadano? Debería de cuidar más su reputación y, por supuesto, la del diario al que representa —dijo hincándole la mirada. —Bien, aprovecho la ocasión para completar la información que el señor presidente les ha ofrecido.

Esa mujer de mirada penetrante, se ajustó las gafas y rebuscó entre sus documentos.

—Tal y como ha informado el señor presidente, la cifra de bajas es superior a la que en un principio se había

estimado. Según las declaraciones del capitán Wayans y, de otros oficiales de los buques de escolta, el primer impacto se produjo a las veintitrés horas y doce minutos. Ese primer misil antibuque impactó en la línea central de la cubierta de vuelo, entrando en la cubierta de hangar, causando daños e incendios en las cubiertas dos y tres, y destruyendo el Centro de Información de Combate y la torre de control de vuelo. Dos minutos más tarde, un segundo misil impactó en la popa, atravesando dos cubiertas y provocando fuegos que incendiaron e hicieron explotar municiones, bombas y misiles. El USS Gerald Ford empezó a escorar inclinándose trece grados a estribor, por lo que los miembros de la tripulación inundaron los compartimentos del otro lado del barco para impedir que volcara. Los heridos han sido rescatados por el destructor de escolta USS Cowpens. Submarinos de la Flota del Pacífico y efectivos navales de la Tercera y Séptima Flotas se preparan, con el fin de apoyar las tareas de salvamento y dar protección al buque siniestrado. Por el momento no podemos ofrecerles más información. Conforme avance el día, el portavoz del Gobierno les convocará en rueda de prensa para informales debidamente.

Alexia se retrepó en el sillón con los ojos cerrados yapuró el último sorbo de café. Tal y como le repitiera una y otra vez su difunto padre, serían muchas las piezas del puzle que, desperdigadas y sin conexión, se irían juntando para recomponer la escena final. En la memoria de la joven se grabó un nombre. No entendía cómo un simple reportero había tenido acceso a una información que las agencias espaciales mantenían en secreto.

La voz de su fallecido padre resonó en su memoria y unas imágenes retornaron del olvido:

—El *As de picas*, Alexia. Cuando aparezca no vendrá solo. Una horda de acontecimientos se sucederá, advirtiéndolo del advenimiento del apocalipsis.

Alexia solo tenía diez años. Su padre y, a la luz de una luz mortecina, le mostraba un naipe extraído de una vieja baraja.

—Cuando veas luces en el cielo será la señal. Siempre ha sido así. No hay otro camino, la historia se repetirá hasta el holocausto final. Una cita a la que estamos invocados sin remedio.

Ella cogió ese naipe con temor y lo vio brillar. Durante un instante, un intenso resplandor cegó sus ojos y su mente fue invadida por una vívida alucinación: Unas intensas luces cruzaban el cielo hasta posarse frente a un bebé recién nacido y a su madre moribunda. Justo después, la pequeña Alexia, cayó desmayada.

Esas palabras resonaron dentro de ella como marcas a fuego. Hacía bastante tiempo que esa extraña visión, que se convirtiera en pesadilla nocturna durante años, no había brotado en su memoria. Alexia siempre creyó, que ese sueño perturbador tendría su origen en un sentimiento de culpa, pero no había duda, de que Jacob había dejado impronta dentro de esa niña que jamás supo ver más allá de los temores y celos de un progenitor marcado por su pasado. En cierto modo, Jacob tenía razón y su vástago no tenía más remedio que reconocerlo. Quizás fuera la mayor “baza” que inculcara en ella. El pasado era un espejo de lo que tendría que

acontecer. No había nada nuevo. En nada se había progresado. Los mismos intereses que antaño hacían cabalgar a los cruzados en su lucha hacia el exterminio continuaban vigentes en la sociedad actual. Solo una diferencia hacía que el escenario tomara otro tinte: lo que en otras épocas fuera motivo de enardecimiento, la cruz o la media luna, la hoz y el martillo o una bandera que alardeaba de ofrecer esa falsa libertad comprada a base de esfuerzo y engaño, ya no eran los emblemas de las nuevas campañas. Al final, al menos los contendientes hicieron alarde de ser honestos. Sí, al menos el pudor, pudo calar en una sociedad que ya no creía en nada. Era la carta final, la que siempre había estado ahí, debajo del montón. Nada tenía más importancia, que aquello que sustentaba la economía: el petróleo.

El portaaviones USS Gerald Ford era el buque insignia de la Armada estadounidense. Después de más de diez años de construcción y trece mil millones de dólares de presupuesto, su capacidad disuasoria en aguas del Mar de China había sido anulada por completo. Era ahora, el portaviones chino Liaoning, cuyo casco había sido comprado a Ucrania a precio de chatarra y, el novísimo Yiteng, los que se adueñaban de la hegemonía de esas aguas internacionales.

En 2021, el temor por la merma en las reservas petrolíferas se acentuó de forma alarmante. Aquellos estudios que pronosticaban la viabilidad del crudo más allá de 2050, habían perdido buena parte de credibilidad. El brusco despertar del gigante asiático, sumándose a un consumismo cada vez más depredador, hizo que esos cálculos se tornasen ridículos. China necesitaba de esos hidrocarburos fósiles cada vez más y la disputa se hacía

notar día a día, en un frenético incremento de sus reservas estratégicas de petróleo. Parecía realmente paradójico, que una sociedad fundamentada en el petróleo no hubiera recabado en dar solución a un problema tan acuciante y, apostado en firme, por otras alternativas. Esa era la insignia que blandían ahora las potencias mundiales: la lucha por hacerse con las últimas reservas del preciado oro negro.

Alexia retornó de esos recuerdos. Su semblante estaba triste y, esa alarma que la había despertado y había silenciado, aún permanecía destellando tratando de llamar su atención. Por un momento, la joven se quedó atónita tratando de evaluar el alcance de la pertinaz alerta. A pesar de la frecuencia con que esos monitores daban muestras de ataques a los sistemas que ella gobernaba, ese parecía ser especial. Los cortafuegos se habían visto impotentes para frenar la embestida y, fuere lo que fuere, parecía haber traspasado hasta el interior de los sistemas.

Todo su cuerpo reaccionó al unísono y sus ojos se centraron en los diagramas y en el listado de directivas que no cesaba de desfilar. Esa alarma procedía de los sistemas de Gas-Union Storage, una filial de la mayor empresa de suministro de gas en Alemania. Entre la cartera de empresas a las que Alexia suministraba protección, Gas-Union GmbH había sido hasta entonces un objetivo virgen. Pero al parecer, alguien se había interesado por los depósitos de gas de Reckrod y Etzel, en la Baja Sajonia. Alexia no podía imaginar la vasta infraestructura y el valor estratégico de esa empresa. Su trabajo no consistía en conocer la envergadura y el desempeño de las empresas a las que otorgaba amparo. Ella era

solamente una vigía, un centinela en su puerta de acceso. El mismo valor como cliente podía tener la farmacéutica Merck, donde sus ancestros hicieron alarde de sus dotes en el terreno de la química, que esos emporios que suministraban productos básicos. Su misión era la misma.

El mediodía llegó y, aunque ella no lo presenciara, el sol se situó en el cenit de Darmstadt. Durante esas horas, la experta informática analizó todos los registros y huellas que ese código infiltrado había dejado tras su paso. Jamás nada se le había resistido tanto, pero Alexia puso a prueba sus mejores artes y dones en su oficio. Al final, tras largas horas de análisis y, como si de un “Sherlock Holmes” virtual se tratara, consiguió acercarse a él y rodearlo con sus gráciles dedos. Lo inspeccionó hasta lo más profundo de su estructura y solo consiguió captar, lo que su buen amigo Dereck lograra la noche anterior. Un código al parecer inofensivo, una especie de broma de mal gusto que algún niño aficionado a hackers firmaba con obsoleta intención de hacerse famoso. Alexia le aplaudió en silencio; alguien había conseguido perforar ese escudo férreo con el que protegía a sus clientes. Sin lugar a dudas y, bajo su experiencia, adoptaba la forma de una *bomba lógica*; ese artefacto diseñado para activarse cuando se cumpliera una condición programada de antemano. Pero en esos primeros momentos, ella incurrió en un fallo; el mismo que su buen amigo Dereck cometiera: no ahondar en el contenido. Tanto ella como él, se vieron vislumbrados por una caja vacía y sin sentido. Solo la marca incrustada y que hacía referencia al nombre de “Alexia”, deslumbró a ambos.

La joven se giró hacia otro de los monitores e intentó conectar con Dereck. Tras varios intentos, la conexión continuaba sin ofrecer rastro de su amigo. Lo intentó con su teléfono móvil, pero Dereck no contestó. Quizás estuviera ya de camino, pensó ella. El suburbano silenciaba las comunicaciones y el regordete era un asiduo cliente de ese medio de transporte. Por pura rutina, Alexia abrió el correo y, entre un sinfín de anodinos mensajes, encontró uno de él. Estaba fechado hacía apenas treinta minutos.

—Son amarillos. No abras el código.

Con esas simples palabras, Alexia tuvo conciencia de la gravedad del asunto. Ese código encriptado podía dejar inoperativo todo un sistema al mínimo intento de desensamblarlo. Definitivamente, no se trataba de un aficionado a hacker. Ese individuo conocía a fondo los entresijos de la programación.

En realidad era así. Frankie, al que apodaban “El pájaro carpintero”, era un virtuoso en esa oscura disciplina a la que el vulgo no tenía acceso. Un auténtico “Miguel Ángel” del mundo de los bits. Con sus delicadas manos, esas que habían quedado soldadas a un teclado para la posteridad, lograba esculpir maravillosas obras de arte. Solo los que conocían a fondo el oficio podían alabar su obra. Era sencillamente, perfecto. Cada bit era colocado, en un acto de perfección, en su lugar correspondiente. Al final, una obra capaz de deslumbrar al mismísimo Dios, lograba burlar los más sofisticados sistemas. Frankie era una divinidad entre la inmundicia. Se crió en el seno de una familia adinerada de Taiwán. Jamás le faltó de nada en su niñez, solo el desmesurado reconocimiento de su

don. Los servicios de inteligencia de su país intentaron en vano reclutarlo, pero Frankie decidió, en pro de un mayor protagonismo, alistarse en las hordas de aquellos que moraban en la sombra. Era en esas latitudes, donde los mejores brillaban por sus dotes y donde el dinero corría a raudales. A Frankie se le hizo pequeña la desorbitada extensión de China y no dudó en ampliar fronteras. De hackear en plena "City" de Londres y copar las arcas de sus padrinos de ojos rasgados, pasó a ocupar un puesto de honor en la sede holandesa de la insigne corporación criminal.

Sería en vano, a estas alturas, no reconocer que Alexia mantuviera contacto en algún momento de su vida con el rey de reyes. En una comunidad elitista, como sin duda era ese grupo cerrado de hackers, sus nombres y avatares en la red eran considerados como deidades. Naturalmente que la joven experta en códigos informáticos conocía a todo aquel que se relacionaba con su excelsa dedicación. Por aquellos tiempos en los que Derek la instruyó y ella se debatía en airear sus dotes en ese terreno, tuvo también ocasión de codearse con los más grandes, a espaldas de su buen amigo. Muchos de sus conocimientos, aquellos que solo se divulgaban "de boca en boca" en los foros más privados, procedían de él. Temas de alto nivel, que ni incluso los informáticos más avezados, jamás llegarían a conocer. Frankie vio en ella a alguien de corazón limpio y de una nobleza fuera de lo común, en ese suburbio en el que se movían. En más de una ocasión, mientras derivaba grandes sumas de comisiones desde la "City" londinense hacia sus padrinos en los Países Bajos, no tuvo recato en demostrarle sus más sinceras intenciones. Es posible que fuera un sentimien-



to paternal, el que hiciera que ese engendro que ahora circulaba por la red, portara su nombre. Era como una especie de reconocimiento, un regalo o quizás también una llamada de atención.

Alexia se percató de ello. Esa forma de encapsular el código era una patente propia del mejor *sombrero negro* de todos los tiempos. Solo ella y unos pocos más, conocían la forma de descryptar ese *huevo de Pascua*, sin temor a que el sistema se quedara colapsado de por vida. Un inocente juguete a la vista de cualquier aficionado a hacker, que guardaba en su interior algo que podría hacer temblar toda la economía. Alexia siguió cuidadosamente la senda labrada por ese gusano, hasta llegar al mismo corazón del sistema. Allí, alojado como si de una inocente criatura se tratase y al amparo del PLC, parecía esperar el momento de activarse.

Si ello hubiera ocurrido varios años atrás, Alexia no hubiera dudado en comunicarse con Frankie para alabar su creación. Pero ahora, ella estaba deslindada de esos que la instruyeron y había prometido cambiar sustancialmente el color de su turbante. No lo dudó ni un momento y, aunque los recuerdos afloraron con añoranza a su memoria, marcó en su teléfono móvil el número de Sveinn.

— ¿Aún sigues enterrada en vida? —preguntó él riendo. — ¿Qué tal estas?

—Acordándome de ti.

—Vaya, debe tratarse de algo serio.

—Pasemos a una conexión segura —dijo ella y cortó la comunicación.

Sveinn Brynjolfsson, un islandés cuarentón y experto en automatización industrial, continuaba siendo el máximo responsable de todos los sistemas de ingeniería automática de Gas-Union GmbH. Él los había diseñado e intentaba que nadie metiera sus zarpas en el complejo sistema autómatas. Alexia lo hizo, debía conocer todos los entresijos de ese ordenador que manejaba los mecanismos de almacenaje del gas. Quizás por ello, Sveinn no consolidara con la joven una estrecha amistad, aunque sí, una imprescindible cooperación a nivel laboral.

En pocos segundos, la imagen de Sveinn aparecía en uno de los monitores. Hacía ya un par de años que no se veían a través de la red. Él seguía mostrando la misma imagen. Un cuidado pelo largo rubio y un bigote también dorado que se juntaba con la barba. Pero esta vez, su semblante iba a tono con la inquietud que mostraba.

—Me pillas en mal momento —dijo él, mirando hacia un lado y otro con cierto nerviosismo. — ¿De qué se trata?

—Creía que descansabas los domingos —dijo ella observando de fondo los paneles de control del sistema.

—No creo que me hayas llamado para interesarte por, el que se supone que es, mi día de descanso. Es más, me resulta paradójica tu llamada en estos momentos.

— ¿Ocurre algo en Etzel?

—Por favor, las damas primero.

—Tenéis un regalito en el sistema.

— ¿A qué te refieres?

—Algo ha logrado colarse en Pegasus.

— ¿Algo?, se supone que tú estás para evitarlo.

—Escúchame. O tratas de calmarte o pronto te verás bebiendo agua sucia de un barrizal.

— ¿De qué se trata?, ¿hemos de preocuparnos más de lo que ya estamos?

—No lo sé aún. Ha ocurrido hace unas horas y de momento se muestra silente.

— ¿Silente?, ¿y qué se supone que tenemos que hacer aquí?, ¿esperar a que reviente? ¡Sabes Alexial, vas a ser el cabeza de turco de todo lo que está ocurriendo. Te van a destrozar.

—Si estoy en lo cierto, no va a quedar nadie en pie que se interese por mí.

—Está bien, tranquilicémonos. ¿Qué crees que es y qué daños puede ocasionar?

—Es una *bomba lógica*. Solo te puedo decir, que la ha diseñado el mejor de todos.

— ¿Y qué esperas para desactivarla?

—No es nada fácil. He de recopilar algunas directivas y necesito la ayuda de alguien.

—No me vengas con monsergas a estas alturas, ¿sabes la que se avecina? Solo nos faltaba esto.

— ¿Que está ocurriendo en Etzel?

— Los rusos han cortado el grifo.

— ¿Te refieres al gaseoducto?

— Claro, ¿a qué diantre crees que me refiero? Mucho me temo que estemos ante una crisis de dimensiones impredecibles.

— ¿Qué ocurre ahora con Pegasus?

— Pues no sé, tendré que desconectarlo y dejar operativo solo el sistema autómeta.

— Sveinn, corta también ese sistema.

— ¿Sabes lo que estás diciendo?, ¿quién va a controlar las presiones en toda la red? ¿Sabes qué cantidad de gas se almacena en la caverna? Gran parte de Alemania se nutre de ella. ¿Piensas que el autómeta está también infectado?

— No lo sé.

— Esto es una locura.

— Tengo que dejarte. Voy a tratar de conseguir ayuda.